

castigar á dos presos y asunto concluido. Es preciso guardarles consideraciones; pero precisa también tener firmeza cuando el caso lo requiere.

—Las dos veces que he estado he salido afligido.

—¿Sí? Debieras ponerte en relaciones con la condesa Pasksek, ya que te interesas por la suerte de los presos. Es mujer de mucho mérito *et elle fait beaucoup de bien*. Yo la he ayudado en cuanto me ha sido posible, y te aseguro que el régimen carcelario ha mejorado mucho; no se ven ahora los horrores de antes. En cuanto á Fanarín, por más que no lo conozco personalmente, te aseguro que es un mal sujeto. En la vista de las causas hace unas preguntas... unas preguntas...

—Muchas gracias,—dijo Neklindoff tomando el permiso.

—¿Cómo? ¿No pasas á ver á mi mujer?

—No, te ruego que me dispenses; no tengo tiempo.

—No me lo va á perdonar, si le digo que has estado aquí y no la has visto.—Y diciendo esto acompañaba al príncipe hasta el umbral de la primera puerta.—Pasa un momento á verla, te lo ruego.

Pero Neklindoff fué incommovible. Y en tanto que el criado le daba el abrigo y el bastón, y que el portero abría la puerta, repitió que no tenía tiempo.

—¡Entonces hasta el jueves!—gritó Maslennikoff.—Es su *jour* de recepción; le diré que asistirás.

LI

Al salir de casa Maslennikoff se dirigió el príncipe á la cárcel y llamó á casa del director. Salió la misma criada de la otra vez; se oyeron también los acordes del mismo piano que ahora tocaba, en vez de la rapsodia de Liszt unas variaciones de Clementi.

Se introdujo á Neklindoff en una salita con una mesa de centro que estaba no muy limpia y tenía una lámpara con la pantalla quemada por un lado.

No tardó en comparecer el director con su cara triste y cansada.

—Sentáos; ¿qué deseáis príncipe?—preguntóle acabándose de abotonar el uniforme.

—El vice-gobernador me ha dado permiso para visitar la cárcel; es un permiso general. Desearía ver á la Máslova.

—¿La Márcova?—interrumpió el director, que no oyó bien á causa del estrépito del piano.

—No, ¡la Máslova!

—Ah, bien, Máslova.

El director se levantó, y entreabriendo una puerta por dónde venían las notas de las variaciones de Clementi:

—Marussia,—dijo con voz quejumbrosa, como si quisiese indicar que aquella música era su pesadilla,—haz el favor de no tocar durante unos minutos; no se puede hablar.

Calló el piano; se oyeron pasos apresurados y alguien se asomó á la puerta del salón. El director, como si se sintiera aliviado por haber cesado la música, sacó un cigarrillo, lo encendió y lo ofreció á Neklindoff, que lo rehusó.

—La Máslova, desgraciadamente no la podréis ver hoy.

—¿Por qué?

—¡Por culpa vuestra!—contestó el director con ligerosonrisa.—Le habéis dado ayer algunos rublos y ha comprado vino, y esta mañana estaba como una cuba, y se peleaba con todas sus compañeras.

—Pero...

—Nos hemos visto obligados á tomar medidas de rigor. Todas son así. Es un vicio que no puede estirparse. Os ruego que no le deis más dinero...

Neklindoff recordó la escena de la víspera y sintió un estremecimiento de horror.

—¿Y á la Bogoduchovskaja, detenida por delito político, se la puede ver?

—¿Por qué no? Sí, podéis verla. ¿Y tú, qué buscas?—añadió volviéndose hacia una niña de cinco ó seis años que iba hacia él sin quitar los ojos de Neklindoff.

—Pues voy á verla,—replicó el príncipe.

—Vamos, pues.

Y alejando de sí á la muchacha con un gesto de ternura, se levantó y salió á la antecámara. Pero aún no habían llegado á la antecámara, cuando ya de nuevo resonaban las notas de Clementi.

—Es una muchacha de mucho talento,—afirmó el director refiriéndose á su hija.—Ahora estudia en el Conservatorio y quisiera dar conciertos.

Al llegar á la cárcel, los llaveros abrieron la puerta saludando. Cuatro presos que llevaban un cubo de madera, al ver á los visitantes, se hicieron á un lado, y uno de ellos miró con expresión siniestra.

—¿Cómo se llama esa detenida que deseáis ver?—preguntó el director.

—Bogoduchovskaja.

—Está en la fortaleza: deberéis esperar algunos minutos.

—¿Podría ver entretanto á Menschoff, madre é hijo, acusados de incendio intencionado?

—¿Los que están en el núm. 21? Sí.

—Desearía verlos en su calda.

—Bueno; pero estaréis mejor en el locutorio.

—Prefiero verlos en su celda.

—Bien, bien; ¡buena ocupación os ha caído!

En aquel instante entró el subdirector, que era un oficial elegante.

—Acompañad al príncipe al 21, donde está Menschoff,—dijo el director,—y luego conducidle de nuevo al despacho. Entre tanto haré llamar á la... ¿Cómo se llama?

—Vera Bogoduchovskaja.

El subdirector, que era un joven rubio, con el bigote lleno de pomada y que trascendía á agua de Colonia, se dirigió á Neklindoff, y le dijo:

—Dispensad, ¿os interesáis por nuestro establecimiento?

—Sí, y me intereso por ese hombre que, según me han dicho, es inocente.

El oficial se encogió de hombros.

—Es posible; á veces ocurren casos así; pero la mayoría de las veces es pura farsa.

Las puertas de la cuadra estaban abiertas y había muchos presos en los corredores. Saludando apenas con una leve inclinación de cabeza á los carceleros, sin fijarse en los presos que se arrimaban á la pared saludando, el subdirector y Neklindoff se hallaron enfrente de otro corredor cerrado por una puerta de hierro, más obscuro y fétido que el precedente. A los dos lados había puertas cerradas por enormes cerrojos, y sobre la puerta unas mirillas de dos centímetros.

—¿Dónde está Menschoff?—preguntó el oficial á un carcelero de cara triste y arrugada.

—En la octava cuadra á la izquierda.

—¿Todas están ocupadas?—preguntó Neklindoff.

—Sí; todas menos una.

LII

—¿Se puede mirar?—preguntó Neklindoff.

—Sí, sí;—contestó con amabilidad el oficial.

Neklindoff se acercó á una de las mirillas. Un joven alto, rubio, en mangas de camisa, paseaba arriba y abajo; oyendo rumor hacia la puerta, miró hacia ella frunciendo el entrecejo y siguió andando. A través de la segunda mirilla, encontróse Neklindoff con los ojos de un hombre que le miraban asustados, por lo que se apartó. En el tercer cuarto había un hombrecillo acostado, dormido, con la cabeza tapada por su blusa de preso. En otra celda vió á un hombre alto y delgado que estaba sentado con la cabeza sobre el pecho y las manos sobre las rodillas. Oyendo rumor de pasos, miró con indiferencia, como á quien no le importa que le observen ó no, como si, sucediese lo que sucediese, no pudiera mejorar su suerte. Y había en sus ojos una expresión tan dolorosa, que Neklindoff se conmovió, renunció á mirar más, y se apresuró á llegar ante la puerta del 21, que el carcelero abrió á un signo del oficial.

Un joven delgado con ojos redondos y bondadosos estaba cerca de la cama y, en tanto que se ponía la blusa, miraba con espanto á los visitantes. Lo que más llamaba la atención de Neklindoff eran aquellos ojos redondos, bondadosos, aterrados, que vagaban con inquietud del subdirector á él y viceversa.

—Este caballero quiere saber algo del hecho de que se os acusa.

—¡Oh! gracias.

—Me han contado ya vuestra historia,—dijo Neklindoff entrando y quedándose cerca de la sucia ventana enrejada;—pero quisiera que vos me lo explicarais todo.

Menschoff se acercó también á la ventana y empezó el relato, mirando de vez en cuando al carcelero. Su voz, muy tímida al principio fué adquiriendo firmeza, y cuando el subdirector salió para dar algunas órdenes, se atrevió á ser más explícito.

Juzgando por las palabras y los ademanes, Neklindoff estaba persuadido de tener ante él á un buen muchacho, aldeano sencillo, y experimentaba una sensación extraña al oír aquel relato de boca de un preso en traje de preso. El príncipe observaba el camastro con un saco de paja, la ventana con gruesa reja, las paredes húmedas y negras, y el aspecto de aquel desgraciado que movía á lástima. Se sentía invadido cada vez por más aguda tristeza; anhelaba no creer en las palabras de aquel desdichado; pero, por otra parte, le era también muy penoso pensar que aquel relato pudiese ser una farsa, que aquella cara iluminada por aquellos ojos cariñosos pudiese mentir.

El hecho era claro y preciso. Un mercader de vino le había robado la mujer, poco después de casarse. Acudió á los tribunales, que le dieron la razón y le devolvieron á su mujer; pero al día siguiente, ésta escapó de nuevo y él había ido á casa del comerciante á reclamarla. Le contestó

que no estaba allí (él la había visto), y le dijo que se marchara; pero no obedeciendo el aldeano, entre el mercader y su criado le habían apaleado hasta hacerle sangre. Al día siguiente ardía el almacén de vinos, y se le acusaba á él y á su madre de haber atizado el fuego, lo cual era mentira, porque aquel día había estado él en casa de su padrino.

—Así, pues, ¿no tienes ninguna culpa del incendio?

—No, señor; nunca pensé siquiera tal cosa. Ha sido él mismo quien ha pegado fuego, porque tenía la casa asegurada, y luego nos ha echado la culpa á mi madre y á mí, añadiendo que ya le habíamos amenazado... Sí, es verdad que entonces le amenacé... pero no he pegado fuego á su casa, no estaba allí siquiera cuando empezó el incendio. El solo lo ha hecho. Ha asegurado la casa y la ha quemado para echarnos la culpa á mi madre y á mí.

—¿Es la pura verdad lo que me dices?

—Sí, os lo juro como si estuviésemos ante Dios. ¡Oh! señor, tened compasión de nosotros!—Trató de echarse á los pies de Neklindoff, pero éste se lo impidió.—¡Tened compasión de nosotros, salvadnos, soy inocente!—imploraba; y de repente sus mejillas se contrajeron y rompió en amargo llanto, limpiándose las lágrimas con la manga de la sucia camisa.

—¿Habéis terminado?—preguntó el subdirector acercándose.

—Sí. Tened esperanza: haré por vosotros cuanto pueda;—dijo Neklindoff antes de salir.

El preso lo acompañó con la mirada hasta que pudo verlo, y cuando el carcelero hubo cerrado la puerta, se asomó á la mirilla, y siguió con ojos ansiosos al príncipe, que se alejaba por el corredor.

LIII

Era la hora de la cena y todas las celdas y cuadras estaban abiertas. Neklindoff experimentaba compasión hacia aquellas pobres gentes y vergüenza hacia sí mismo, que podía mirar con indiferencia un cuadro tan doloroso.

En un corredor alguien se apresuró á entrar en una cuádra de la que en seguida salieron muchos hombres que le rodearon.

—Sed generoso, Excelencia, cuyo nombre ignoramos, libéradnos!

—No tengo autoridad aquí; no puedo hacer nada.

—Hacedlo saber á quien corresponda,—dijo una voz;—hace ya dos meses que estamos encarcelados sin motivo.

—¿Por qué?—preguntó Neklindoff.

—Nos han metido en la cárcel; hace dos meses que nos tienen presos y aún ignoramos por qué.

—Es verdad,—intervino el subdirector,—estos son aldeanos que no tienen los papeles en regla. Debimos en-

viarlos á su provincia; pero habiéndose quemado su cárcel permanecen en ésta. Todos los demás han ido ya á sus provincias; sólo éstos quedan aquí.

—¿Cómo? ¿Por esa sola razón?—preguntó Neklindoff parándose.

Unas cuarenta personas rodeaban á Neklindoff y al oficial. Muchas se pusieron á hablar á un tiempo; pero el subdirector las hizo callar:

—¡Silencio! ¡Que hable uno solo!

De entre el grupo se destacó un aldeano, alto, de grave aspecto, de unos cincuenta años, el cual explicó al príncipe que les habían detenido porque no tenían pasaportes ó por mejor decir, porque había transcurrido el plazo para tomar los nuevos desde unos días. Otras veces había ocurrido lo mismo y nunca les habían castigado, pero ahora hacía dos meses que los tenían allí como si fuesen asesinos.

—Todos somos obreros y pertenecemos á la misma asociación... Dicen que se han quemado las cárceles de nuestra provincia; pero nosotros no tenemos la culpa... ¡Sed generoso, salvadnos!

Neklindoff apenas comprendió nada de cuanto el viejo decía. Toda su atención estaba fija en un gran piojo negro que desde los cabellos del obrero bajaba lentamente hacia la mejilla.

—¿Pero es posible que por eso se les encarcele?—dijo volviéndose hacia el subdirector.

—Si, es verdad; se les debería haber enviado á su país.

Apenas había pronunciado el empleado estas palabras cuando se adelantó un hombre grueso que, torciendo la boca, empezó á lamentarse de que se les oprimiera sin motivo.

—¡Nos tratan peor que á los perros!—dijo.

—¡Oh! éste siempre dice las cosas de un modo... Cállate, ó sinó...

—¿Qué debo, pues, decir?—exclamó el aldeano con desesperación.—¿Hemos cometido acaso algún crimen?

—¡Silencio!—gritó con imperio el subdirector, y el otro calló.

—¿Qué quiere decir todo eso?—se preguntaba á sí mismo Neklindoff, en tanto que centenares de ojos le espían á través de las rejas.—¿Es verdad, pues, que hay inocentes encarcelados?—preguntó.

—¿Y cómo impedirlo?—contestó el empleado.—Por otra parte si les escucháis á ellos, todos son inocentes.

—¡Pero esos aldeanos que hemos visto no tienen ninguna culpa!

—Es verdad... Nuestro cargo es muy penoso porque tenemos que habérnoslas con gente maleante y depravada y sino usamos de gran rigor no nos obedecen. Ayer mismo tuvimos que castigar severamente á dos presos.

—¿Cómo castigar?

—Sí, fueron castigados con la *rosga*, según la orden recibida.

—¿No están abolidas en absoluto las penas corporales?

—Sí; pero no para los culpables que extinguen condena y han perdido todos sus derechos civiles.

*
* *

Neklindoff recordó el aire de misterio que advirtiera la víspera en la antecámara mientras esperaba á la Máslova y se lo explicó entonces. El castigo se había verificado en aquellos momentos. Y le invadió una sensación de tristeza, de dolor, de asco, de repugnancia física tan honda como jamás la experimentara. Sin prestar oídos á su com-

pañero ni mirar en torno, Neklindoff apresuró el paso á fin de llegar pronto al despacho del director y salir de aquel lóbrego encierro. Pero el director, hablando con otro se había olvidado de la petición de Neklindoff y se acordó únicamente de ella cuando le vió de nuevo.

—Esperad un momento,—le dijo,—ahora mismo haré que venga. Sentáos.

LIV

El despacho del director se componía de dos locales. En el primero,—una habitación con dos ventanas sucias, una estufa descalabrada y la imagen de Cristo, que no falta nunca en los sitios donde se atormenta á nuestros semejantes,—había varios carceleros. En el segundo había unas veinte personas, hombres y mujeres, que hablaban entre sí en voz baja, en grupos ó formando parejas.

El director se sentó en una mesa junto á la ventana, alargó una silla á Neklindoff, quien se sentó al lado y miró á las personas que había en la habitación.

Fijó primeramente la atención en un joven de rostro simpático, con una chaqueta corta, que hablaba con animación con un hombre que llevaba el uniforme de los presos y con una muchacha que estaba á su lado. Cerca de esos tres había un anciano con antiparras ahumadas que escuchaba inmóvil á una joven presa en tanto que un colegial miraba fijamente, con ojos espantados, al viejo, del cual no podía apartar su mirada. Más allá estaba sentada una pareja de enamorados. Ella era muchacha muy

joven, rubia y graciosa, con el pelo corto y el rostro enérgico, vestida con mucha elegancia; él, un guapo mozo, con el pelo rizado, con el traje de preso; hablaban en voz muy baja, evidentemente enamorados hasta la locura uno de otro. Cerca de la mesa, una señora con el pelo gris y el traje negro, miraba con ojos amorosos á un joven que se veía que era su hijo; cuyo aspecto denunciaba la tisis que le destruía, y parecía querer decirle algo; pero las lágrimas la sofocaban en tanto que el joven daba vueltas á una hoja de papel que tenía entre manos, sacudiéndola con rabia.

Más allá había una hermosa muchacha, bien formada, de color sano, con los ojos brillantes, sentada al lado de su madre que lloraba y á la que acariciaba amorosamente el hombro con la mano. Todo era hermoso en ella; las manos largas y blancas, el pelo corto y rizado, la nariz, los labios y más que todo sus dos grandes ojos negros, dulces y leales. En el momento de entrar Neklindoff, aquellos ojos espléndidos se fijaron un momento en él, pero en seguida volvieron á fijarse en su madre. Al lado de los dos enamorados había un hombre moreno, con el pelo alborotado y el pelo sombrío que hablaba con rabia con un visitante y parecía ser un *skopetz* (1). Por último, cerca de la puerta, un joven con una chaqueta impermeable parecía ocuparse más de la impresión que su presencia produciría á los visitantes que de sus palabras.

Neklindoff, sentado al lado del director, miraba en torno con curiosidad intensa. Pronto llamó su atención un niño que, acercándosele, le preguntó con vocecita aguda:

—Y vos, ¿á quién esperáis?

Neklindoff se asombró de tal pregunta, pero viendo aquella cara grave é inteligente de niño, aquellos ojos ex-

(1) Denominación de una secta.

presivos y atentos, contestó que esperaba á una conocida suya.

—¿Una hermana, quizá?—insistió el niño.

—No, no es una hermana,—contestó Neklindoff, más y más asombrado.—¿Y tú, monín, á quien esperas?

—Estoy aquí con mi madre que está presa por causa política.

—María Paulovna, lleváos á Kolia,—dijo el director, que indudablemente creía contrario á la ley aquel colquio del príncipe con el niño.

*
* *

María Paulovna, la espléndida muchacha que Neklindoff había admirado, se levantó mostrando su alta estatura y andando á grandes pasos se acercó al príncipe y al niño.

—De fijo que os preguntaba quien sois,—dijo sonriendo y volviendo hacia él sus grandes ojos brillantes y dulces. En sus palabras había la suave sencillez de quien no duda de que en sus relaciones con los demás debe conservar siempre la afectuosa ternura de una hermana.

—Quiere saberlo todo,—añadió después, y sonrió al niño con sonrisa tan dulce que el niño y Neklindoff le contestaron con otra sonrisa.

—Sí, me había preguntado á quien esperaba.

—María Paulovna, ya sabéis que está prohibido hablar con los extraños,—dijo el director.

—Sí, sí, está bien,—contestó la joven. Y tomando con

su mano larga y blanca la pequeña de Kolia, volvió cerca de su madre.

—¿Quién es ese niño?—preguntó Neklindoff.

—Es el hijo de una mujer condenada por delito político; ha nacido en la prisión.

—¿De veras?

—Y ahora va á Siberia con su madre.

—¿Y está joven?

—No puedo contestaros,—dijo el director encogiéndose de hombros.—Aquí está la Bogoduchvskaia.

LV

Desde la puerta del fondo apareció andando con paso ágil, Vera Efremovna, pequeñita, delgada, amarillenta, con el pelo corto y sus grandes ojos bondadosos.

—¡Cuán contenta estoy de que hayáis venido!—exclamó estrechando la mano de Neklindoff con efusión.—¿Todavía os acordáis de mí? Sentémonos.

—No había pensado nunca encontraros en tal sitio.

—Oh, en cuanto á mí, estoy bien, tan bien que no puedo desear nada.—Y hablando volvía hacia el príncipe sus ojos redondos con expresión de espanto y movía su cuello largo, delgado y amarillento.

Neklindoff le preguntó por qué estaba en la cárcel; y entonces la Bogoduchovskaja empezó una relación muy animada y pintoresca de su proceso. Su discurso estaba esmaltado de frases científicas y extranjeras; hablaba de propaganda, de desorganización de las mesas, de comités, de subcomités, de los cuales, según ella, todos debían tener noticia y que Neklindoff no había oído nombrar nunca. Le explicaba punto por punto todas aquellas cosas, se-

gura de que debían interesarle. Neklindoff, por lo contrario, contemplaba entre el cuello largo y amarillento, aquellos cabellos claros escasos y alborotados y se preguntaba con asombro qué era lo que la trajo á tal sitio y porqué se alababa de ello.

Tal como era le inspiraba lástima; pero una lástima distinta de la que sintió por los Menschoff, encerrados siendo inocentes en un calabozo fétido: era una lástima que nacía de aquel extraño embrollo de ideas que se había forjado en su mente la joven y por las cuales se creía una heroína.

La misma actitud había ya observado Neklindoff en otras personas que estaban en la habitación. Su presencia había llamado la atención de ellas y comprendió que algunas tomaban una actitud distinta de la acostumbrada por el sólo hecho de estar en presencia de un extraño.

Eso le parecía descubrir en las actitudes y ademanes de la joven vestida de presa y en los mismos dos enamorados. Lo descubría realmente en las actitudes y los ademanes de todos los que se hallaban á su alrededor, excepto en los del viejo, del tísico y de la hermosa joven de ojos negros y brillantes.

Vera Efremovna deseaba interesar al príncipe por la suerte de una compañera suya, Schinstova, que sin pertenecer siquiera al partido estaba presa por haber encontrado en su poder algunos libros y documentos que le habían dado á guardar. Se sentía en parte responsable de aquella detención y suplicaba á Neklindoff que hiciera lo posible para salvarla.

Por lo que hace á su historia, tenía poco que contar.

Después de terminados sus estudios de comadrona, entró en relaciones con una sección de «libertadores del pueblo»; había leído el *Capital*, de Carlos Marx, y tomó la resolución de consagrarse por completo al progreso de la «revolución.»

Sin saber cómo, se encontró afiliada al partido. Primeramente todo marchó bien; pero después habiendo detenido á uno de los compañeros y encontrado cartas y documentos, todos habían ido á parar á la cárcel.

—También yo fui arrestada, y ahora me envían á Siberia... poco me importa, me encuentro bien, muy bien,—dijo con una sonrisa que daba lástima.

Neklindoff quiso saber quién era la joven que tenía á su lado al niño. Era la hija de un general, inscrita desde mucho tiempo antes en las filas de un partido revolucionario y aprisionada por haberse confesado culpable de disparar contra un soldado. Pero en realidad no era culpable. Junto con otros de su partido habitaba en una casa señalada como foco de conspiración, y donde había una tipografía. Una noche, los polizontes fueron á practicar un registro y los habitantes de la casa, decididos á defenderse, habían apagado las luces y querían destruir cuanto podía comprometerles. Pero la policía había invadido ya el local y en la obscuridad alguien disparó hiriendo mortalmente á un soldado. En los interrogatorios que siguieron había contestado declarándose autora de de la herida y aunque en realidad, jamás hubiese tocado un arma de fuego y fuera incapaz de matar una mosca, habían admitido su confesión como buena. Condenada á trabajos forzados, de un momento á otro partiría para Siberia.

—Es un alma noble, altruista...—repetía Vera Efremovna.

Se notaba que sentía un verdadero placer oyéndose hablar, y tal vez pudiendo manifestar su saber y su elocuencia. Neklindoff se limitaba á hacerle de vez en cuando una pregunta, y ella recomenzaba y no se detenía. Encontró, no obstante, medio de decirle que en el asunto que le recomendaba temía mucho no poder nada, careciendo como carecía de las influencias que la joven revolucionaria se había apresurado á atribuirle.

Luego hablaron de la Máslova. Había sabido su historia como sucede en la prisión, donde acaba por saberse todo, y aconsejaba á Neklindoff que procurara hacerla pasar al departamento de presos políticos ó por lo menos á la enfermería, donde había mucho trabajo y faltaba gente.

Neklindoff le dió las gracias; por lo que hacía á la Schnstova insistió que dudaba mucho de poder servirla, pero que lo probaría en cuanto fuera á San Petersburgo.

LV.

El director interrumpió su coloquio diciendo que había pasado la hora del permiso.

Neklindoff se levantó y saludando á Vera Efremovna se acercó á la puerta y se paró para observar la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

En vano el director repetía que había pasado la hora; ni los presos ni los visitantes acertaban á moverse.

Dos ó tres grupos solamente se habían levantado y hablaban de pie.

Al saludarse para despedirse rompían muchos en amargo llanto.

La más conmovida de todos era la madre del joven tísico, la cual, antes de abandonarle sollozaba con la cabeza puesta sobre el hombro de su hijo. La bella joven,—Meklindoff sin advertirlo se cuidaba mucho de ella,—estaba de pie ante su madre que lloraba y le decía algunas palabras para calmarla. Los dos enamorados de pie, estrechán-

dose las manos se contemplaban estáticos. El viejo de las gafas azules continuaba con la mano de su hija entre las suyas, inclinando la cabeza á lo que ella le decía.

—Esos son los únicos que son dichosos,—dijo el joven de la americana impermeable á Neklindoff;—esta noche se casan en la prisión, y luego ella le seguirá á Siberia.

—¿Y él?

—Está condenado á trabajos forzados. Dichosos ellos que pueden gozar cierta felicidad entre tanta miseria,—añadió oyendo sollozar al anciano de los lentes ahumados.

—Señores, os ruego que acabéis,—decía el director con voz débil y vacilante.—No me obliguéis á ser severo. Es la hora; lo digo por última vez.

Y se levantaba, se volvía á sentar, daba una chupada á su cigarro, lo dejaba apagar, lo volvía á encender. Se comprendía que por inveterados que fuesen en él los argumentos especiosos que permiten á un hombre hacer sufrir á los otros, sin creerse responsable de este sufrimiento, el director no podía sin embargo evitar el que su conciencia lo acusase como á uno de los autores de aquella espantosa angustia que en la sala existía. Y se veía que él también estaba sufriendo, y que un peso enorme le oprimía el pecho.

Al cabo los visitantes y los presos se movieron, unos hacia la puerta del fondo y otros hacia la salida. El primero que salió fué el joven tísico y el último el hombre de los anteojos ahumados, andando con paso lento; después de él, salió Neklindoff.

—Menos mal que el director es una buena persona,—decía al príncipe el joven del impermeable, en tanto que los dos iban hacia la puerta de salida.—Pero de todos modos son sesiones extraordinarias. ¡Además es un verdadero martirio! Todo el mundo lo dice.

—¿Acaso en las otras cárceles estas visitas no se hacen del mismo modo?

—Muy lejos de eso. Todo lo más, se puede ver á los presos políticos á través de dos rejas, como á los presidiarios de derecho común.

Hablando con Medintzeff,—el joven se había presentado con este nombre—Neklindoff se encontró en la antecámara, donde le alcanzó el director que tenía un aspecto muy cansado.

—Si queréis ver á la Máslova, venid mañana,—dijo, queriendo ser cortés con el príncipe.

—Está bien, gracias,—contestó éste, apresurándose á salir.

Además de la piedad experimentaba aquella misma sensación de náusea moral que advirtiera la primera vez que entró en el locutorio de las mujeres. Eran terribles los sufrimientos de aquel Menschoff, y más terrible la duda que debía sentir acerca de la existencia de Dios y de la necesidad del bien ante la crueldad de los otros hombres; terrible era el caso de aquellos pobres aldeanos que por no tener pasaportes estaban encarcelados tanto tiempo hacia; terrible era la vida de aquellos carceleros ocupados exclusivamente en atormentar á sus hermanos; pero más terrible aún la necesidad que obligaba á aquel director viejo, bueno y de carácter débil á separar la madre del hijo, el hermano de la hermana y las personas que la naturaleza había querido que vivieran indisolublemente juntas.—¿Por qué todo eso?—se preguntaba, y no sabía encontrar respuesta satisfactoria.

LVII

Al día siguiente Neklindoff fué á casa del abogado y le expuso el caso de Menschoff, rogándole que tomara su defensa. Fanarín le escuchó con atención y luego contestó que si el hecho era realmente como lo contaba Neklindoff, defendería á la madre y al hijo sin admitir un céntimo.

El príncipe le habló también de los ciento treinta aldeanos que estaban detenidos sin culpa alguna y le preguntó de quien dependía su suerte y quien era responsable de lo ocurrido. El abogado calló algunos minutos como si buscara y no pudiese dar con la respuesta precisa, y luego dijo:

—¿Quién es responsable?—pensó un momento y:

—Nadie;—dijo,—hablad al fiscal y os dirá que la responsabilidad es de Maslennikoff; hablad á éste y os asegurará que la culpa la tiene el fiscal. En total nadie es responsable.

—Pues bien, ahora voy á ver á Maslennikoff y se lo refiero todo.

—Es inútil, porque Maslennikoff (espero que no será amigo ni pariente vuestro) es un verdadero canalla, y, lo que es peor, un canalla hipócrita.

Neklindoff recordó la definición que de Fanarín le había dado el director y no contestó. Saludó al abogado y se dirigió á casa de Maslennikoff. Quería pedirle dos cosas: que hiciera pasar á la Máslova á la enfermería y que procurara hacer algo en favor de aquellos ciento treinta desdichados que no cometieron más delito que el de no tener sus papeles en regla. No le gustaba tener que pedir algo á un hombre como Maslennikoff, pero no le quedaba otro recurso para lograr su objeto.

En la puerta de la casa del vicegobernador, Neklindoff vió muchos carruajes parados y esto le recordó lo que había dicho aquél acerca de las recepciones de su mujer. Se trataba de aquel *jour* á que había sido invitado con tantas instancias.

En el momento en que Neklindoff entraba, un siervo que llevaba librea y un sombrero galoneado ayudaba á bajar del coche á una señora muy elegante que aguantándose la cola del vestido, enseñaba un zapato negro muy bonito.

Entre los coches reconoció al landó cerrado de los Korchaghin, cuyo cochero le hizo un gran saludo cortés y respetuoso, como cumplía á un señor tan íntimo de la casa.

Apenas había preguntado el príncipe al portero si Miguel Ivanovitch—el nombre de Maslennikoff—estaba en casa, cuando le vió aparecer acompañando á un personaje, un militar de alta graduación con quien hablaba de una lotería benéfica que debía verificarse en la ciudad dentro de pocos días. Tanto el general como el vicegobernador hablaban mitad ruso mitad francés, y trataban de unos cuadros vivos que las señoras habían proyectado organizar á beneficio de una obra caritativa. El elevado personaje era

de opinión que esa era una ocupación excelente para las damas.

—*Qu'elles s'amusent et que le bon Dieu les bénisse!*—exclamó Maslennikoff. Luego volviéndose hacia el príncipe, —¡Buenas tardes, Neklindoff! ¡Eres muy caro de ver! Animo. *Allez presenter vos devoirs á madame!* También están los Korchaghin. *Et Nodine Buksheuden. Toutes les jolies femmes de la ville vous attendent, heureux gailard!*

—*Au revoir mon cher!*—dijo el general, estrechando la mano á Maslennikoff.

—¡Vamos arriba!—exclamó éste.—No puedes figurarte cuanto celebro que hayas venido.

Y tomando del brazo á Neklindoff, subió la escalera con una rapidez muy grande, vista su corpulencia.

Neklindoff comprendía que el regocijo de Maslennikoff provenía de la atención y finura con que le había tratado el general: todos los actos de cortesía de una persona empingorotada le causaban transportes de alegría parecidos á los que siente un gozquecillo cuando lo acaricia su amo. Tal era el caso de Maslennikoff. No advertía la expresión severa del príncipe y lo arrastraba hacia el salón casi á viva fuerza.

—Después, después hablaremos de negocios y haré cuanto querrás,—decía mientras atravesaban un gran salón. A un criado que estaba cerca de la puerta le dijo:—Anunciad á la «general» el príncipe Neklindoff. *Vous n'avez qu'á ordonner*, pero antes debes visitar á mi mujer. La otra vez ya me rió porque no te conduje á su lado.

El criado le había anunciado ya, así es que cuando entraron los dos, Ana Ignatievna, con una sonrisa radiante, inclinó la cabeza detrás de las cabezas y los sombreros que la rodeaban.

Al otro lado del salón, junto á una mesa, estaban varias señoras, y algunos hombres de levita y de uniforme, lu-

ciendo los últimos todas sus condecoraciones. Al extremo opuesto del salón, en torno á otra mesa de té, algunas señoras sentadas hablaban con caballeros que se hallaban delante de ellas de pie, y se oía un zumbido ininterrumpido de voces graves y agudas.

—*Enfin!* ¿Es que no nos queréis ya conocer?... ¿Os hemos hecho algún daño?—con estas palabras que hacían suponer una intimidad que nunca existiera, Ana Ignatievna saludó al príncipe.—Os conocéis ya... *Madame* Beliaevski, Miguel Ivanitch Chernoff. Sentaos cerca de mí. Missy, *venez donc á notre table; on vous apportera votre thé...* Y vos, —dijo volviéndose hacia un oficial que hablaba con la Missy,—acercaos... Príncipe, ¿queréis té?

—No, no,—decía una voz femenina;—no me convencéis. Decid más bien que no le amaba.

—O mejor, que amaba las pastas.

—¡Siempre bromas sin substancia!—exclamó riendo una señora, fulgurante de seda, oro y piedras preciosas.

—¡Son excelentes! Dadme otro pastelito.

—¿Os váis pronto?

—Sí, hoy es el último día que pasamos aquí.

—Con esta temperatura espléndida se está muy bien en el campo.

Missy con un sombrero y un traje oscuro á rayas que le ceñía el cuerpo y le marcaba las caderas sin hacer una sóla arruga, estaba verdaderamente muy bonita. Viendo á Neklindoff se ruborizó y le dijo:

—Creí que os habíais marchado.

—Poco me falta. Sólo algunos negocios me detienen y hasta aquí he venido para hablar de asuntos serios.

—Id á ver á mamá; creo que quiere veros,—dijo la princesa; y como mentía, y comprendió que el lo adivinaba, se ruborizó.

—Dudo que tenga tiempo,—replicó Neklindoff, fingiendo que no había advertido el rubor de la joven.

Missy frunció el entrecejo, se encogió de hombros y se volvió hacia un oficial muy elegante que estaba cerca de ella y que se ofreció á llevarle valerosamente una taza de té, no sin haber tropezado antes con el sable en las patas de un sillón.

—Debéis hacer algún sacrificio en favor del asilo.

—No rehusó; pero guardo mi generosidad para la lotería. Entonces sí que habrá que verme.

El *jour* de la «generala» era de los más brillantes y la dama estaba satisfechísima.

—Mika,—dijo Ana Ignatievna, dirigiéndose al príncipe,—me ha dicho que estáis ocupadísimo visitando á los presas. Cómo os comprende. Mika tendrá quizá otros muchos defectos; pero ya sabéis cuán bueno es! Todos esos desgraciados son para él lo mismo que hijos. *Il est d' une bonté...*

Se detuvo como no encontrando palabras suficientes para expresar la *bonté* del marido, y luego se volvió sonriente hacia una vieja adornada con lazos de color de lila, que entraba en aquel momento. Charlaron un rato de muchas cosas sin sentido común, y cuando hubo hecho lo necesario para no chocar con las conveniencias sociales, Neklindoff se acercó á Maslennikoff.

—¿Puedes concederme algunos minutos?

—Sí, es verdad; entremos aquí,

Los dos penetraron en un gabinetito japonés y se sentaron junto á la ventana.